

**V**OY a ocuparme hoy y el próximo día del importante libro de Stephen Toulmin (1) presentado como primer volumen, "Crítica de la razón colectiva", de un conjunto de tres, "Crítica de la razón individual" y "Crítica del juicio". En realidad, este libro apareció antes que La Viena de Wittgenstein, del mismo autor en colaboración con Allan Janik, que ya comenté aquí; pero me he retrasado en escribir sobre él, porque, según el plan previsto, el segundo volumen debía estar ya a punto de aparecer. Como hace unas pocas semanas el autor estuvo aquí —en Santa Bárbara, California, desde donde escribo— y me dijo que la redacción de la continuación iba muy despacio, me decidí a no esperar más. Se trata, como ya se ve por el aire kantiano de los títulos, de una obra muy ambiciosa —el volumen del que trato tiene más de quinientas páginas— y muy importante, aunque, como veremos, no da todo lo que los títulos prometen. En todo caso es bueno que nuestros jóvenes lean obras como ésta. En España y tras el colonialismo cultural francés establecido de antiguo, y en el que se ha vuelto a caer hoy cuando apenas se acababa de salir un poco de Sartre, tuvimos la "época alemana" que, para no remontarnos a los krausistas, abrió Ortega, un orteguismo y un marxismo después, tan escolásticos como la Escolástica y, en fin, una filosofía lingüística, manierista de Wittgenstein.

Toulmin, que no es de Oxford, sino de Cambridge, descubre, como ya vimos en su libro arriba citado, "otro" Wittgenstein de muy amplios intereses, que no se encierra ni en la lógica ni en el análisis del lenguaje, sino que necesita ser entendido también, y aun antes, desde la ciencia y la reflexión sobre la ciencia. Esta es justamente la línea de despliegue del pensamiento de Toulmin. Tan es así que su libro habla casi exclusivamente del conocimiento científico y no como se esperaría, del conocimiento humano en general.

Toulmin empieza por analizar el concepto de "racionalidad" para mostrar que, lejos de poder ser reducido a mero sistematismo lógico, consiste más bien en la ca-

pacidad de habérselas con nuevas situaciones y de ser capaz de responder a ellas. (Dediquemos un recuerdo a Xavier Zubiri aquí.) La construcción de sistemas lógicos se hace en circuito cerrado. La racionalidad, en el pleno sentido de la palabra, tiene que enfrentarse con la realidad y sus cambios. Los sociólogos actuales se ocupan sobre todo del "cambio social". Toulmin, del "cambio conceptual". Es verdad, por supuesto reconocida por el autor, que la racionalidad es atributo presente en todas las actividades o empresas humanas. Mas he hecho, el cuerpo, grueso cuerpo de este volumen, está dedicado a las empresas racionales colectivas en tanto que "disciplinas" o empresas científicas. De ellas hablaremos el próximo día. Hoy nos vamos a ocupar de los problemas del uso de la razón y del cambio conceptual.

Hay en un extremo, piensa Toulmin, la concepción lógica invariante, estática, matemática, in-

suposiciones absolutas", las cuales se asientan por cada época, en efecto, como absolutas, pero en realidad cambian. Y en ese cambio de las presuposiciones absolutas es en lo que consisten las crisis históricas.

Según Toulmin el primer uso de la razón es demasiado estrecho y este segundo, el personificado en Collingwood, insuficientemente riguroso. Pero Collingwood vio bien el hecho del "cambio conceptual". ¿Cómo ocurre éste? Al llegar aquí, el autor tiene que enfrentarse con su principal adversario, con el que, pienso yo, ha suscitado, más que nadie, este libro, un autor muy de moda hoy en el mundo angloamericano, T. S. Kuhn (2), mal conocido también, me temo, en España, pero en relación con el cual mi querido amigo Javier Muguerza ha escrito cosas importantes muy próximas a ver la luz. Aunque no haya constancia alguna de la relación de Kuhn con Collingwood, Toulmin piensa que la obra de

güísticos, Toulmin acude a una reinterpretación de Darwin para entender la "evolución conceptual" de la ciencia. Darwin rompió el cuadro estático de la taxonomía de Linneo, y evitando caer, por el otro lado, en la posición de Buffon, porque ni con el clasificacionismo ni con el nominalismo se hace ciencia, inventó la hipótesis fundamental de la "evolución de las especies".

Según Toulmin, su compatriota Darwin hasta muy recientemente ha sufrido un grave mal entendido. Se le ha situado en la línea del evolucionismo progresista o progresionista de Lamarck, de Geoffroy de St. Hilaire, de Spencer, anterior también a Darwin; de Herder, que abre la era moderna de la evolución cósmica escatológica culminante en Teilhard de Chardin; de la Dialéctica de la naturaleza, de Engels; del mismo providencialismo secularizado de Marx, que sólo por virtud de tal mal entendido se explica que dedicase El Capital a Darwin. Ese evolucionismo, típico del siglo XIX, durante el que inspira el mito del Progreso, era ya un lugar común hacia el año 1830 en Francia, y Darwin, que escribe veinte años más tarde una obra estrictamente científica, no tiene nada que ver con él. Las categorías de "variación", "adaptación" y "selección natural" constituyen el núcleo de su aportación. Se trata de un "mecanicismo" o mecanicismo "histórico" y no de un vitalismo teleológico. Valiéndose de aquellas categorías es como Toulmin ve la posibilidad de superar la antitesis invariancia-revolución, y de entender el desarrollo de las empresas científicas, de las que hablaremos el próximo día, como ya anuncié.

Pero, ¿es que no hay más "empresas racionales" que las científicas? Por supuesto que las hay, pero a esa enorme actividad humana que comprende desde los oficios y las tecnologías, pasando por las empresas aspirantes a convertir en ciencias, pero que aún no los son plenamente (psicología, sociología y en general las llamadas ciencias humanas) hasta la literatura y el arte, la política, la ética y la filosofía, las despacha en un solo capítulo. De él, lo que más me gusta es el nombre que da a estas últimas actividades: no-disciplinables. Sencillo así y no, como es moda decir ahora, "pensamiento salvaje" o "mágico" o "mítico". Las que, como a los chicos traviesos, ni se puede, ni sería bueno, aunque se pudiese, más que hasta un cierto punto, disciplinar. Quizá por eso un libro tan disciplinado como éste no podía darles cabida sin romper su unidad. Sería menester escribir otro libro.

**JOSE LUIS L. ARANGUREN**

## ¿UNA CRÍTICA DE LA RAZÓN COLECTIVA?

temporal de la racionalidad. Toulmin la ejemplifica en Frege. Al español de hace unos años aficionado a la filosofía le habría resultado más clara, por mejor conocida, la mención de Husserl, que no se hace en el libro. (El autor me dijo en conversación particular que, en efecto, Husserl y la fenomenología deberían haber aparecido en tal contexto, pero que no había querido hablar de ellos porque, como buen británico no los conocía suficientemente.) Y en el otro extremo, histórico, cambiante, dinámico, temporal, Collingwood es el autor elegido. Collingwood, contemporáneo de Ortega y de notable afinidad intelectual con él, ha sido, como todos los ingleses de la época, empezando por Bertrand Russell, para no hablar de G. E. Moore, muy poco conocido entre nosotros. Personalmente habría preferido, y no por estrechas razones de conciduidad, que fuese Ortega el hito de referencia. Pero pretender esto es lo mismo que decir —y es verdad— que me habría gustado que este libro lo hubiera escrito un español. Collingwood, igual que Ortega, tuvo que debatirse con el problema del relativismo y la relatividad. Collingwood substituyó el análisis formal de los "conceptos puros" por el análisis histórico de las "pre-

aquél puede ser leída como en diálogo con la de éste. Cuando se pasa, por ejemplo, de la física de Newton a la de Einstein se produce una crisis, una "revolución científica", con palabras de Kuhn, el paso de un "paradigma" a otro y, con ello, la ruptura total de la continuidad racional. (Toulmin analiza los cambios posteriores de posición en Kuhn con un detalle en el que no podemos entrar aquí.)

La idea central, la más importante en todo el libro de Toulmin es, a mi parecer, la de erigir, frente a esa idea de "revolución", el concepto de "evolución" científica. Ni una concepción estática, lógico-sistemática (en la que, de pasada, Toulmin incluye la taxonomía estructural de Lévi-Strauss, y hasta cierto punto, las "structures of deep grammar" de Chomsky), ni una concepción revolucionaria de ruptura total, sino una comprensión "evolucionaria" (y no "evolucionista"). Así como, si se me permite la simplificación, Lévi-Strauss en su Antropología estructural transfirió a la antropología modelos lin-

(2) De su libro *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago 1962, hay traducción en español, que no he llegado a ver, y que ha sido publicada, creo, por el Fondo de Cultura Económica.